HUESPEDES DE LA VIDA

YO soy como la estancia donde habitan
los inquilinos de su propia sangre,
huéspedes que me cambian
porcelana por vino, agua por pan,
recuerdos por futuros,
puñales por puñales.
La estancia que se paga y que regala
el alimento entero de la vida.

Todo viene y me llega,
todo sale de mí, se corresponde.
Si estoy aquí es lo mismo que si vivo
en la vertiente opuesta.

Todo llega y penetra y se incorpora,
se cuece aquí en el centro,
se enciende y se machaca en esta fragua
de chispas de metal, en la farmacia
de frascos dibujados, perfumados,
donde el agua de ayer se purifica,
en la bodega honda
donde el grano revive
como un microbio nuevo
y explora la salud lejos del vino.

Solo el hombre, apartado,
con su fragua parada o encendida,
solitario y mirándose,
devuelve y regenera la existencia.

Sabe entonces que tiene
realidad de los ríos,

seriedad del sereno firmamento,
mundanidad del mundo,
miedo del pez que nace,
de la estrella que estrena su mirada,
puro miedo plural
del instante del mundo,
de la vida que anda y que refleja.

Yo soy como la estancia donde habitan
los inquilinos de su propia sangre,
huéspedes como aliento de la vida.



GABRIEL GARCÍA-GILL